



La misión de la pobreza

Muy queridas hermanas:

Deseo que el tiempo de Pascua que acabamos de celebrar lo hayáis vivido como tiempo de gracia, en el que la resurrección del Señor renueva nuestras vidas con la fuerza de su Espíritu. Al igual que los discípulos que recibieron el Espíritu Santo en el Cenáculo, para ser testigos de la Buena Noticia (cf. Hch 2, 1-4), estamos llamadas a revelar a los hombres y mujeres de hoy el amor y la misericordia de Dios derramados en nosotras por el Espíritu Santo (cf. Rm 5, 5). Esta llamada se vuelve más urgente en un mundo en el que vemos constantemente noticias de muerte de inocentes a causa de las guerras y de la violencia que los poderosos desencadenan para satisfacer sus propios intereses. En este contexto, toda la creación sufre y está profundamente herida.

Nuestra fundadora, la Beata María de la Concepción, vivió en su tiempo una realidad parecida a la de hoy. En medio del caos de su época, comprendió que la verdadera riqueza del ser humano no reside en la búsqueda de la abundancia material que promueve el mundo, sino en el encuentro con Dios mismo. En este sentido, estamos llamadas a desempeñar nuestro papel profético de cuidar la vida en solidaridad con nuestros hermanos y hermanas que sufren, individualmente y como comunidad, y a trabajar por la justicia y la paz. En esta línea, me gustaría profundizar con vosotras cómo podemos vivir la pobreza de Jesucristo y su amor por la humanidad, una experiencia que sólo se comprende plenamente a través de la fe en Dios.

La vida consagrada: tras las huellas de Jesús entre la pobreza y la riqueza

Madre Adela se preparó desde muy joven para consagrar su vida a Dios. Para ello le pidió al señor Ducourneau que le diese un reglamento personal. Su reglamento tiene un punto que nos muestra el modo práctico en que el señor Ducourneau supo orientar a Madre Adela para prepararse a vivir la pobreza: *Tendrás moderación en tus deseos, estarás contenta en la pobreza y en la abundancia. Sabrás contentarte con poco, cuando recuerdes que el Dios a quien sirves no tenía dónde reclinar su cabeza y, por muy poco que tengas, tendrás siempre más que él*¹. Nos admira la exigencia de semejante regla dada a una niña de 13 años. Seguramente aquí está el fundamento sólido que moldeó la vida de Madre Adela en relación con el voto de pobreza. Su vida se fue conformando con la de Jesús, manteniendo su mirada en Él; recordando, como le señalaba su reglamento personal, que Dios se encarnó para salvarnos, y por eso *nace en un pesebre por amor nuestro*²; y con su muerte en la cruz nos perdona y hace una nueva alianza con nosotros³. Así, cuando llegan las dificultades o falta lo necesario, Madre Adela exclama “*¡Viva Jesús, viva su cruz!*”⁴. La eucaristía es la fuente

¹ Punto n. 19 del Reglamento que el señor Jean Ducourneau redactó para Adela en 1802, cuando ella tenía 13 años.

² Carta 144.5

³ cf. Mt 26,26-28; Lc 22,14-20

⁴ Aparece en numerosas cartas: 262, 352, 407, 415, 419, 427, 440, 517, 538, 560, 587, 604, 683, 707,724.

*sobreabundante*⁵ a la que nos dice que vayamos para obtener la gracia de transformarnos en Él. "Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza" (2 Co 8,9).

En realidad, antes aún de ser un servicio a los pobres, la pobreza evangélica es un valor en sí misma, en cuanto evoca la primera de las Bienaventuranzas en la imitación de Cristo pobre. Su primer significado, en efecto, consiste en dar testimonio de Dios como la verdadera riqueza del corazón humano.⁶

De este modo, el voto de pobreza que hemos profesado nos lleva a experimentar dos realidades al mismo tiempo: la pobreza en el mundo y la riqueza en Dios. A las personas consagradas se nos *pide un compromiso total, que comporta el abandono de todas las cosas* (cf. Mt 19, 27) *para vivir en intimidad con Él y seguirlo adonde vaya* (cf. Ap 14, 4)⁷. Así, la fe y la espiritualidad que nos han dejado nuestros fundadores se convierten en la riqueza que tenemos que dar al mundo para remediar su indiferencia y vacío de sentido.

Al servicio de los pobres: por el cuidado de la Tierra y la dignidad humana

Al inicio de la encíclica Laudato Si el Papa Francisco dice: *Entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que «gime y sufre dolores de parto» (Rm 8,22)*⁸. El voto de pobreza tiene, por tanto, una dimensión ecológica y marca nuestro camino de conversión. Estamos acostumbradas a considerar a las personas pobres, pero quizá no sentimos aún suficientemente que el grito de la Tierra y el grito de los pobres son una misma voz. Como dice también el Papa, se necesita *una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza*⁹.

La pobreza consagrada nos abre a los demás y a reconocer su dignidad. *Dignidad* es una palabra que se repite en Laudato Si' casi tanto como *justicia* y *cuidado*. La dignidad es entendida a veces de modos diferentes en nuestro mundo y por eso el Dicasterio para la Doctrina de la Fe ha publicado recientemente la *Declaración Dignitas Infinita sobre la dignidad humana*. El rico y el pobre tienen igual dignidad, porque «a los dos los hizo el Señor» (Pr 22,2)¹⁰. Pero ya advierte Jesús en el Evangelio lo difícil que es para los que piensan que la dignidad humana depende de la fortuna que acumulan y del lujo que exhiben encontrar a Dios. El deseo de tener sin medida que caracteriza la economía y las relaciones de nuestro mundo, produce la ceguera y la insensibilidad para reconocer la verdadera dignidad de todo ser humano.

Precisamente por el deseo de experimentar la riqueza de Dios inscrita en nuestra naturaleza, los seguidores de Cristo elegimos renunciar a las cosas temporales del mundo. *Antes que nada, según la Revelación, la dignidad del ser humano proviene del amor de su Creador, que ha impreso en él*

⁵ Cf. Carta 313.4

⁶ Vita Consecrata n. 90

⁷ Vita Consecrata n. 18

⁸ Laudato si n. 2

⁹ Laudato Si n. 139

¹⁰ Laudato Si n. 94

los rasgos indelebles de su imagen (cf. Gn 1, 26), llamándolo a conocerlo, a amarlo y a vivir en una relación de alianza con Dios mismo y de fraternidad, justicia y paz con todos los demás hombres y mujeres. En esta visión, la dignidad se refiere no sólo al alma, sino a la persona como unidad inseparable, y por tanto también inherente a su cuerpo, que a su manera participa del ser imagen de Dios de la persona humana y está llamado también a compartir la gloria del alma en la bienaventuranza divina ¹¹.

El documento *Dignitas Infinita* está lleno de referencias a *Laudato Si'*, *Laudate Deum* y, sobre todo *Fratelli Tutti*. Os invito a leerlo para profundizar la comprensión de nuestro mundo y de cómo nuestro voto de pobreza nos conduce al servicio de los más débiles y menos capacitados. Hay demasiadas personas cuya dignidad humana se ve amenazada y negada en una gran variedad de situaciones que ponen en peligro su vida, como las guerras, los conflictos entre religiones, la esclavitud, la corrupción, las dictaduras, el racismo, la trata de personas, los abusos sexuales, la inmigración, la explotación laboral, la violencia contra las mujeres y otras realidades que amenazan los derechos fundamentales de los seres humanos. El Papa Francisco nos llama a todos a ser responsables y comprometidos con la dignidad humana¹². Al comprometernos con los pobres y marginados, debemos ser capaces de identificar (o discernir) los males sociales que violan los derechos humanos de los pobres.

Mirando la complejidad del mundo y los grandes problemas globales, no olvidemos que la pobreza evangélica que hemos profesado no se refiere sólo a las cosas externas y materiales, sino que se vive día a día en la acogida y el respeto de los valores y la dignidad de las hermanas de la comunidad con las que vivimos, de los que nos rodean, de los que necesitan nuestra ayuda, de los que comparten la misión con nosotras. ¹³

Fundamento de una verdadera vida fraterna

Quien busca estar plenamente unido al amor de Cristo está dispuesto a compartir todo lo que tiene con los hermanos, a cooperar en la misión de Cristo y a desear servir a los hombres¹⁴. Jesús, que nació pobre y se identifica con los pobres, dice: "cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25,40). Compartir lo que tenemos es una condición para seguir a Jesús y es por el Reino de Dios.

Reconocemos que el mundo no aporta la riqueza espiritual ni la seguridad que esperan quienes quieren seguir a Cristo y quienes comprenden que su vida está llena de trascendencia. Nuestro Padre celestial sabe lo que necesitamos, por eso nos dice que busquemos primero el reino de Dios y su justicia, y que nadie puede servir a Dios y a las riquezas. (cf. Mt 6, 24-34).

Como los Apóstoles, debemos esforzarnos por construir una casa común de amor fraterno en el Señor, una comunidad en la que podamos ayudarnos mutuamente y partir juntos el pan (cf. Hch 2, 42). Por pequeño que sea nuestro compartir, contribuirá a cambiar el mundo y a dar esperanza a las personas.

¹¹ [Declaración Dignitas Infinita sobre la dignidad humana](#) n. 18, Dicasterio para la Doctrina de la Fe, 2 de abril de 2024

¹² cf. *Dignitas Infinita* n.33 y n.34

¹³ cf. Regla de Vida I. 28

¹⁴ cf. *Vita Consecrata* n.18

La pobreza evangélica de tantos santos ha servido de brújula para la renovación de la Iglesia en tiempos de crisis o de oscuridad. Madre Adela, en sus cartas, hablaba siempre de cómo sus hijas debían vivir la pobreza que es el fundamento de la vida religiosa. Al leer sus citas, recordemos su camino de Trenquellón a Agen el 25 de mayo de 1816. Su vida podría haber sido muy diferente, pero eligió la pobreza, la quiso y la experimentó para encontrar un bien infinitamente mayor.

Sé que estás en una situación de pobreza. ¡Ánimo, querida hija, las comunidades nunca son tan regulares como cuando son pobres! (Carta 426. 5, 21 de febrero de 1821)

Me temo que no estás suficientemente apegada a la práctica de la santa pobreza.... Es preciso que brille en todo, esa amable virtud... Haz tu examen particular sobre este voto. (Carta 428.4.6, 10 de marzo de 1821)

Amémosla, como nuestra madre y maestra y, sobre todo, tengamos un corazón muy pobre, desprendido completamente de todo: no murmuramos nunca, cuando nos falta algo, cuando se nos rehúsa algo. (Carta 534.4, 18 de octubre de 1824)

Ama la santa pobreza. Tengo el presentimiento de que Dios quiere probarnos intensamente en ese punto... Gran confianza en Dios, abandono en su Providencia: ella alimenta las aves del cielo y viste los lirios del campo. (Carta 541.5, 8 de noviembre de 1824)

Para ser providencia de Dios para los demás y vivir la pobreza en comunidad, también debemos compartir "amistad, tiempo y dinero" en nuestra vida cotidiana y entrar en comunión con lo que viven los pobres, sus preocupaciones, sufrimientos y esperanzas. (cf. Regla de Vida II.6.3).

Encontramos nuestra dignidad y riqueza humanas en la vida de Jesucristo, el Hijo divino de Dios, el Hijo de María, un pobre nazareno. Para vivir la imagen indeleble de Dios grabada en nosotras, no debemos permitir que las cosas materiales de este mundo oscurezcan el esplendor de Dios.

En el "Magnificat" de María, la pobre esclava del Señor, encontramos la esperanza de los pobres. "Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos" (Lc 1, 52-53). También hoy, como hijas de Madre Adela, imitando la fe de María, confiémosle todo a Ella para vivir la vida de pobreza que hemos prometido.

¡Feliz aniversario de la Fundación!



Sr. Susanna Kim

Hna. Susanna Kim
Madre General